Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios.

Título original: *Miss Winter in the Library with a Knife*

© 2025, Martin Edwards
© 2025, de la traducción por Miguel Alpuente Civera
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-04-5
Código IBIC: FA
DL: B 11.117-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Javier Sánchez Meco

Impreso en octubre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Martin Edwards

Miss Winter en la biblioteca con un cuchillo

Traducción de Miguel Alpuente

Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Dedicado a mi editora Bethan Jones,
cuyo entusiasmo por este libro
ha constituido una gran motivación.

Los participantes en el juego

Visitantes de Midwinter

Harry Crystal
Carys Neville
Baz Frederick
Poppy de Lisle
Zack Jardine
Grace Kinsella

Fundación Midwinter

Jeremy Vandervell
Bernadette Corrigan
Chandra Masood
Daisy Wu
Ethan Swift
Frankie Rowland

Y… ¿tú?

Reglas del juego

Naturaleza del juego: *Miss Winter en la biblioteca con un cuchillo* es un juego dentro de una novela de ficción criminal. No debes dar nada por sentado. ¿La gente está hablando por pura cortesía o te está dando pistas clave?

Objetivo del juego: La finalidad es resolver los misterios de Midwinter, un pueblo sin parangón en el Reino Unido.

Planteamiento del juego: Seis jugadores están ya de camino hacia Midwinter para participar en un juego de misterio. El ganador será admitido como miembro de la Fundación Midwinter. Estás invitado a participar en el juego de forma remota.

Desarrollo del juego: Quienes jueguen de forma remota pueden, desde el principio o en cualquier momento posterior, retirarse del juego activo y seguir la historia como observadores externos («lectores») o analistas («críticos»). Alguien en Midwinter está jugando a un juego más mortífero que el ideado para los seis participantes. Los jugadores remotos están invitados a emplear sus facultades detectivescas para deducir qué está sucediendo. A lo largo del texto pueden encontrarse pistas (también en los materiales suplementarios, como la web oficial de Midwinter y la historia extraoficial del pueblo) que se encuentran convenientemente expuestas en

la guía de pistas incluida al final del libro. Consultar dicha guía antes de llegar al término de la historia te descalificará como posible ganador.

A fin de que los seis invitados desarrollen y pongan a prueba su habilidad de resolución de problemas, se les presentarán enigmas «de calentamiento» cuya solución se irá proporcionando a medida que el juego avance. Sin embargo, dichos enigmas no contribuyen a la solución final del juego de misterio ni del resto de los misterios de Midwinter.

Al margen del texto principal, se ofrecen también materiales complementarios. Algunos son relevantes para el juego de misterio; otros arrojan luz sobre los propios misterios de Midwinter. Los jugadores remotos quizá deseen examinar dichos materiales (podrían, por ejemplo, comparar la información del sitio web de la Fundación Midwinter con la historia extraoficial del pueblo), además de estudiar el texto principal para buscar las pistas del misterio global que luego se explicitan en la guía de pistas. Los enigmas y otros elementos del juego no relacionados con el misterio global y las pistas presentes en la guía se encuentran en las páginas marcadas con un borde.

Quién gana: En lo que respecta a los seis invitados, ganará quien resuelva el juego de misterio. En cambio, el objetivo de los jugadores remotos es descubrir el mayor número posible de las pistas explicitadas en la guía.

- Menos de 10 pistas descubiertas: Leer es muy divertido, céntrate en eso.
- De 10 a 30 pistas descubiertas: ¡Muy bien! La investigación es lo tuyo.
- De 30 a 39 pistas descubiertas: Poirot, lárgate, ¡te han desbancado!
- 40 o más pistas descubiertas: Que te inviten a Midwinter cuanto antes…

Consejos estratégicos: No confíes en nadie.

Advertencia legal: Los creadores de *Miss Winter en la biblioteca con un cuchillo* no se hacen responsables de las posibles acciones lesivas o mortales que efectúen los participantes en el transcurso del juego.

Estas Navidades, la Fundación Midwinter se complace en invitarle a unas irrepetibles vacaciones con todos los gastos pagados.

Desde el **23 de diciembre** hasta el **27 de diciembre**
Recogida: **Midwinter Halt** (Peninos del Norte)
Se proporcionará transporte de ida y vuelta a la estación.

Código de vestimenta: elegante informal

El 25 de diciembre se celebrará una cena de disfraces de temática navideña en la que le animamos cordialmente a participar.

Además, está invitado a participar en un juego de misterio creado para la ocasión. El ganador se llevará un premio especial.

λ η ρ ρ υ η μ σ γ π
γ μ κ ψ ω η ω κ η ν σ γ α ψ
α ν μ τ μ
α τ α ζ η κ κ ν

si el griego le suena a chino,
aclare su mente,
avance dos letras
y olvídese de ñ y z

S. R. C. a Chandra Masood, jefa de personal,
Fundación Midwinter
Peninos del Norte

chandra.masood@midwinter.org.uk

Introducción al borrador de Baz Frederick para el Episodio #13 del pódcast *La muerte negra*: «Maldad bajo la nieve»

La nieve era profunda, dura, letal.

Encaramados en la cresta de la montaña, los dos perseguidores se detuvieron y otearon el paisaje que se extendía a sus pies. ¿Dónde terminaba el páramo y empezaba el cielo? Tan solo veían una interminable mortaja blanca.

Su presa se había esfumado. Ambos llevaban mochila e iban bien equipados contra el tiempo glacial. La visibilidad era nula y el frío les aguijoneaba hasta los huesos, como una enfermedad terminal. Sin embargo, aquello no era ningún yermo siberiano, sino quizá la extensión más elevada del paisaje inglés. Y, sin duda, también la más solitaria.

La mujer se levantó las gafas protectoras para intentar ver mejor. Las esquirlas de hielo le laceraron las mejillas y le llenaron los ojos de lágrimas.

–Podría estar en cualquier parte. –La nieve ahogó el sonido, así que levantó la voz–: ¡En cualquier parte!

–No puede haber ido muy lejos –dijo su compañero–. Es imposible con este tiempo. Al menos sin puntos de referencia que marquen el camino. Y más en su estado de aturdimiento y desorientación. Si ya es un problema ser un manojo de nervios en Midwinter, ni te cuento en estos páramos salvajes. Aquí te morirías de miedo.

–Tenemos que buscar ayuda.

El hombre se volvió hacia la mujer con sumo cuidado para no perder el equilibrio. La nieve compacta era traicionera y el

hielo hacía resbalar las botas como si caminaran sobre cristal bruñido.

–¡No!

Su pasamontañas era un disfraz perfecto. La mujer no podía descifrar lo que estaba pensando. A ella la perspectiva de un desastre inminente le había tensado los nervios hasta el límite del colapso.

–Nunca lo lograremos.

–Abandonar no es una opción. Debemos seguir buscando.

–Pero…

–No tengo elección. –Una pausa–. Esto es personal.

Sin decir más, el hombre reemprendió la bajada por la ladera con la cautela de quien atraviesa un campo de minas. Ella sabía que era la ruta más segura, pero sin crampones él jamás habría podido mantener el equilibrio.

La mujer permaneció inmóvil, hipnotizada por el reflejo de la nieve. En algunas hondonadas del paisaje, la ventisca había tallado los blancos montículos dándoles formas extrañas, ominosas, como si fueran obras de arte surrealistas soñadas por un escultor demente. Se las imaginó cobrando vida, monstruos de nieve listos para devorar a cualquiera que se cruzara en su camino.

Le latieron las sienes con violencia cuando el aroma terroso de la nieve se infiltró en sus pulmones. Ansiaba volver a un lugar seguro, pero él tenía razón. Estaban ya demasiado lejos. No podía permitirse ceder ante el miedo.

«Pero ¿qué era aquello? ¿Podía ser…?».

Se recolocó el gorro de gruesa lana forrada con tejido impermeable para destaparse las orejas. Sí, no se había imaginado aquel sonido. El ruido inquietante que se oía en la distancia eran las aspas de un helicóptero, batiendo en algún punto del cielo opaco. Comandos navales que llevaban por aire alimentos y medicinas para las comunidades ahora aisladas del resto del mundo.

¿Debería agitar los brazos en un intento desesperado por

atraer su atención? ¿O eran tan invisibles para el helicóptero como el helicóptero para ella? Su compañero nunca se lo perdonaría. Y ella no se atrevía a traicionar su confianza.

Al aguzar el oído, oyó cómo el golpeteo de la hélice iba atenuándose hasta desvanecerse del todo. El helicóptero se dirigía a los pueblos de las tierras altas, en la parte más alejada de la montaña. El silencio le dolió como un mazazo en la cabeza. ¿Había desperdiciado un salvavidas o esquivado el desastre por muy poco?

Ahora no había más remedio que seguir.

Ajustándose las gafas protectoras y el gorro, siguió las pisadas de su compañero. La ladera estaba plagada de aristas y grietas y, en algunos lugares, la nieve era inestable. La mujer se movía con precaución exagerada, tratando por todos los medios de evitar una avalancha.

Él miró atrás, como si hubiera calculado el segundo exacto en que ella superaría sus dudas y se atendría al plan. La conocía demasiado bien.

Cuando ella lo alcanzó, dijo:

–¿Has oído el helicóptero? El tiempo apremia. Tenemos que continuar antes de que alguien se nos adelante.

–¿Y dónde buscamos?

–Nadie podría llegar muy lejos en estas condiciones. Piensa en lo que harías tú. Buscar algún refugio de piedra. Acurrucarte entre las ovejas e intentar mantenerte caliente.

–No veo ningún refugio.

–Debe haberlos, quizá enterrados bajo cinco metros de nieve –repuso él con paciencia–. Tenemos que adivinar dónde y ponernos a cavar. Por eso he traído las palas.

En el pasado, ella habría sonreído y dicho: «Piensas en todo». Ahora se limitó a otear el paisaje circundante, buscando en vano el desaparecido horizonte.

El viento volvió a arreciar, recobrando su voz, dispuesto a amenazar al ganado o a cualquier persona lo bastante insensata como para interponerse en su camino. Rugía con ferocidad

idéntica a la de la nieve que les azotaba la cara y los obligaba a caminar a ciegas.

La mujer no habría podido precisar cuánto rato siguieron caminando. ¿Cinco minutos? ¿Quince? ¿Treinta? El tiempo se convirtió en un borrón, como aquel paisaje anegado en nieve.

De pronto, su compañero se detuvo y levantó la mano enguantada.

–¿Has visto algo? –aulló ella, tratando de hacerse oír por encima del viento tempestuoso.

Él señaló. La mujer avanzó unas zancadas hasta poder ver mejor. Se hallaban sobre un tajo del terreno, una grieta abierta bajo un estrecho saliente. El fondo estaba lleno de nieve y, en el centro, había un pequeño montículo, una forma antinatural, pero repulsivamente reconocible.

Sin poder evitarlo, la mujer dijo con un grito ahogado:

–¡Un muñeco de nieve!

Sí, pero no el típico muñeco feliz y sonriente, con un sombrero maltrecho, nariz de zanahoria y dos botones negros en lugar de ojos.

Este muñeco de nieve estaba derrumbado en el suelo, con los brazos y las piernas estirados y aspecto suplicante, desolado.

Incluso antes de que empezaran a cavar, ella sabía ya la verdad.

Habían encontrado a la persona que estaban buscando.

MIDWINTER
UN RETIRO QUE ES ALGO MÁS QUE UN RESPIRO

Inicio Sobre nosotros Historia Personal Contacto

Midwinter es un lugar muy especial. Este pequeño pueblo, poco más que una aldea, está enclavado a gran altura en un abrupto paisaje con vistas panorámicas de una belleza natural extraordinaria. El asentamiento fue creado hace más de un siglo por Marcus Midwinter, hombre de gran imaginación y capacidad emprendedora. Su objetivo era proporcionar puestos de trabajo, hogares, prosperidad y oferta recreativa para su escasamente poblada comunidad local.

Concebido originalmente como un «pueblo modelo», una colonia residencial para la gente que trabajaba en la mina local, Midwinter fue transformándose poco a poco tras la Segunda Guerra Mundial gracias al hijo de Marcus, otra personalidad triunfadora dotada de visión, talento e idealismo. Sir Maurice Midwinter aportó la dotación inicial para constituir la fundación de igual nombre, que reinventó el pueblo como lugar de retiro donde vivir una experiencia de recogimiento enriquecedora e inmersiva.

Hoy la Fundación Midwinter continúa ejerciendo una labor inestimable y sin parangón como custodio del patrimonio cultural del pueblo, manteniendo los valores instaurados por sir Maurice y promoviendo la diversidad y la inclusividad.

La intimidad y sosiego de los alrededores garantizan un entorno sereno y extraordinariamente relajante para quienes buscan paz y tranquilidad, brindando el tiempo necesario para liberarse del estrés que provoca el ritmo frenético de nuestro siglo XXI. El pueblo es un remanso de bienestar, el lugar perfecto para la contemplación, el pensamiento consciente y el razonamiento creativo. Quienes tengan la fortuna de que los inviten a Midwinter descubrirán que su estancia con nosotros

resulta algo más que terapéutica. En la actualidad, el pueblo es una fuente de inspiración y enriquecimiento espiritual que permite a las personas de talento renovarse y explorar nuevas formas de juego imaginativo y de creatividad que posibiliten la apertura a perspectivas de cambio vital. Quizá usted nos visite simplemente para recuperarse y desconectar, pero pronto se dará cuenta de que se ha embarcado en un cambio de rumbo que transformará su existencia para siempre.

1
Midwinter

–Así que lo has hecho, Bernadette –dijo Ethan con suavidad–. ¿Dirías que has cometido el crimen perfecto? ¿O uno de nuestros detectives resolverá el misterio?

Bernadette Corrigan sonrió, sentada en un extremo del sofá de cuero. A una distancia prudente, como siempre.

–Pronto lo averiguaremos.

–¿Me darías una pista?

–Si lo hiciera –murmuró ella–, tendría que matarte.

–¿No te gusta la gente que mira la última página de una historia de detectives? –Bernadette negó enérgicamente con la cabeza–. Bien, pues hecho está. ¿Nada de flores, entonces?

–Una corona de acebo, quizá.

Abarcó con el gesto el decorado navideño. El centro comunitario de Midwinter nunca había ofrecido un aspecto más festivo. Adornos de exquisita artesanía, elegantes farolillos y un árbol festoneado de espumillón que desprendía una embriagadora fragancia a pino. También había decoraciones de muérdago con bayas de un blanco níveo y hojas perennes satinadas, con una apariencia tan romántica que resultaba fácil olvidar que era una planta parasitaria. Y venenosa.

«La Fundación Midwinter nunca hace las cosas a medias», pensó Ethan.

Unas flores de Pascua de un rojo sangriento brindaban un vistoso toque de color a la media docena de mesas de roble colocadas en el centro del salón. Al fondo, lo bastante lejos

para que no los oyesen, dos de sus colegas charlaban en la barra del bar. Bernadette los miró durante un breve instante y luego desvió la mirada. Un hombre en la cincuentena, un «zorro plateado» con ropa de Savile Row, conversaba con la barman. Ella, veinte años más joven, estaba pendiente de sus palabras como si tuviera que aprendérselas de memoria. Y quizá era así, pensó Ethan. O quizá era buena actriz. O mala, a saber.

–Te has ganado el derecho a celebrarlo –le dijo Ethan mientras entrechocaban las copas–. Está claro que el asesinato se te da de maravilla.

–Eso creo. –Bernadette inhaló el aroma especiado del vino caliente–. Pero será mejor que tenga cuidado. Detestaría delatarme ante alguien tan diestro leyendo la mente.

Ethan sonrió.

–Lo dices como si fuera un charlatán de feria, un manipulador al que le gusta embaucar con jueguecitos mentales.

–Perdón. Un experto en psiquiatría, quería decir. Tengo miedo de que puedas desentrañar mis secretos más oscuros.

–Ojalá –murmuró Ethan–. Cualquiera emitiría el mismo diagnóstico. Por una vez en tu vida, pareces estar en tu salsa, no corriendo de aquí para allá intentando terminar mil cosas para cumplir un plazo imposible que te has autoimpuesto.

–¿Estás diciendo que soy una adicta al trabajo sin remedio, un caso perdido?

–Me alegra ver que por fin está floreciéndote el espíritu navideño.

–Las apariencias engañan.

–¿No ocurre siempre así en Midwinter?

Bernadette lo miró con curiosidad.

–Estoy en ascuas esperando a que lleguen nuestros detectives. Para ver cómo se enfrentan a este juego y si los enigmas que he preparado son demasiado fáciles o demasiado difíciles.

–Estoy seguro de que lo has calculado en su justa medida.

–Gracias por la confianza. –Sonrió–. Y por convencerme para idearlo todo. Nunca lo habría conseguido si no me hubieras estado animando todo el rato.

–Me halagas.

Sus miradas se cruzaron brevemente, hasta que ella dejó escapar una breve risa.

–En absoluto. Para eso estás aquí, al fin y al cabo. Entiendes qué motiva a la gente.

Ethan se examinó las uñas.

–Sabes que no siempre he interpretado bien las cosas.

–No seas tan duro contigo mismo.

–Le dijo la sartén al cazo. –Ethan se recreó en el penetrante sabor de su vino caliente–. Estás dándole la vuelta al tema para levantarme la moral.

–Tengo razón. Admítelo.

Ethan respiró hondo.

–No acabo de creerme que esto esté pasando de verdad. Nunca imaginé que volvería a Midwinter. Si hace cinco años me hubieras dicho que iba a querer poner el pie en este lugar de nuevo y encima para un juego navideño de misterio criminal, te habría contestado que estabas loca.

–La pandemia fue una época muy rara –murmuró ella–. En todo el mundo, la gente vivió una pesadilla. Tanta incertidumbre, tanto miedo por cómo sería el futuro… Nada podía darse por sentado. Ni siquiera en Midwinter, un pueblo único.

–Y que lo digas.

–Nos enorgullece ser diferentes –dijo ella con aire soñador–. Porque este sitio es muy especial. Un refugio frente al mundo tan deteriorado que hay ahí fuera. Hace cinco años las cosas eran… muy difíciles.

Ethan asintió.

–Estoy muy agradecido de que me hayas dado una segunda oportunidad.

–Te conoces Midwinter como la palma de la mano. Com-

partes nuestros valores y sabes guardar un secreto. Cualidades poco habituales, créeme. –Bernadette suspiró–. Además, la decisión de ofrecerte un contrato no fue solo mía. Jeremy estaba totalmente a favor. Y Chandra.

Ethan insistió, en voz baja:

–Créeme, estoy encantado de haber vuelto.

Por primera vez desde que se conocían, ella se sonrojó. Aborrecía cualquier forma de traición, más aún si lo que se delataba eran sus propios sentimientos. Para disimular su incomodidad, desvió la mirada hacia las dos personas del bar. Una sombra cruzó su rostro.

Ethan siguió su mirada. La barman, atractiva y vivaracha, echó la cabeza atrás y le rio alguna agudeza al zorro plateado. La mujer posó una mano sin anillo en la esfera de nieve que ocupaba un lugar de honor en la barra. Un adorno superfluo, dada la alerta roja que había emitido el servicio meteorológico nacional. Afuera el viento aullaba con furia. Al cabo de veinticuatro horas, la tormenta de nieve cortaría toda comunicación con el mundo exterior. Igual que…

No, no debía darle vueltas a la última vez que había estado allí. Esta noche no. El juego ni siquiera había empezado.

Bernadette dio un trago a su bebida.

–Me encanta ese toque vibrante de la canela. Daisy mezcla los ingredientes a la perfección. Es el mejor vino caliente que he probado nunca.

–Es una mujer de muchos talentos.

–Sí. –Una pausa–. Me pregunto qué piensa en realidad de Midwinter. Este lugar no podría ser más diferente de Maryland.

Ethan comentó con picardía:

–Está claro que Jeremy aprueba que haya venido.

–Y yo –dijo ella con calma.

Bernadette no era una persona fácil de provocar. Durante toda su vida había ejercido un férreo control sobre sus emociones, un rasgo que formaba parte de las habilidades

requeridas para su puesto. Mejor hacerla hablar de nuevo sobre el asesinato.

–Has apurado mucho con los preparativos. Anoche aún estabas trabajando en ellos. Mañana a esta hora el juego ya estará en marcha.

–El asesinato es algo muy serio –dijo ella–. Requiere mucha planificación.

–¿Y cuál es tu método para urdir la trama? –preguntó él, sonriendo–. Si no te importa desvelarme los trucos de tu oficio.

–Simplemente, me pregunto a mí misma quién debería matar a quién y por qué. El motivo es la clave; tú lo sabes mejor que nadie.

Ethan tomó aire.

–Sí, la psicología del asesino es crucial.

–¿Qué lleva a alguien a cometer el más grave de los delitos, a poner fin a la vida de otra persona? –Bernadette solía evitar su mirada, pero por una vez lo miró directamente a los ojos–. Aunque nos estemos divirtiendo con una simulación, el quién y el porqué necesitan una explicación convincente.

–¿Y el cómo?

–Si el método del crimen es demasiado extravagante, hasta la última migaja de credibilidad se va al traste. Así que mi crimen no se comete con ayuda de animales salvajes ni con complicados artilugios o venenos desconocidos para la medicina. Esto es como cualquier otro juego. Es necesario establecer las normas y atenerse a ellas.

Ethan levantó las cejas.

–¿Y estás jugando limpio?

–Por supuesto. Las trampas son intolerables en un juego de misterio. También para quien crea los enigmas. Todas las pistas deben desplegarse ante quienes están buscando la verdad. Orientar en la dirección equivocada es admisible, pero la resolución del enigma no puede ser tan ardua como para que los jugadores la encuentren imposible. Los giros

son parte de la diversión, pero solo si tienen un sentido en el contexto del misterio. Mi objetivo es perder con elegancia para que el ganador se sienta satisfecho por haber logrado algo que demuestra inteligencia. Averiguar la respuesta tiene que ser una recompensa gratificante.

–Hablas como una militante fervorosa.

–La clave está en desviar la atención de lo que realmente importa. Seducir a los jugadores con pistas falsas.

–Engañar, en otras palabras, ¿no?

Bernadette se encogió de hombros.

–¿Acaso no es esa la herramienta con la que trabajamos?

–¿Te ves a ti misma como una nueva reina del crimen? ¿Incluso un escritor profesional de ficción detectivesca como Harry Crystal debería inquietarse por si le quitan el puesto?

Bernadette sacudió la cabeza.

–Pobre Harry. Ahora mismo no es que sea el príncipe de los enigmas, sino más bien una vieja gloria literaria.

Ethan dejó entrever una fugaz sonrisa.

–¿Crees que ha perdido el norte?

–¿Tú qué crees? –Bernadette se pasó los dedos por el denso cabello castaño. Un gesto habitual, signo de que estaba eligiendo con cuidado las palabras–. Su carrera se ido al garete. ¿Por qué si no estaba tan desesperado por venir aquí?

Ethan frunció los labios.

–Ya, su última oportunidad. A menos, por supuesto, que esté tramando otra cosa. Algo que no sabemos.

–No lo creo.

–¿Quién sabe? El misterio es lo suyo, después de todo.

–Los misterios; treinta y siete, para ser exactos. Tenía un truco publicitario: poner títulos que evocaran obras maestras del género. Dio con la idea por casualidad y luego procuró sacarle provecho. Por supuesto, esa invitación a compararse con los clásicos era una locura. –Bernadette sonrió–. Lo curioso es que sus libros me ayudaron a construir mi propio misterio.

–¿En serio?

–Más o menos. No es que yo quiera ganarme la vida asesinando gente.

Ethan la observó.

–Entonces, ¿solo es un gusto que te das de vez en cuando?

Ella terminó su copa.

–Decimos que esto es un juego, pero Jeremy no puede ir más en serio. Según él, está en juego el futuro de la Fundación Midwinter. Todo depende de lo que ocurra estas Navidades.

–Vaya, sin presión, ¿eh? –Ethan zarandeó la cabeza–. ¿Y tiene razón?

–Sí. Su pasión por Midwinter no desfallece jamás. A pesar de todos los contratiempos, mantiene la fe.

–Admiro su confianza –murmuró él–. Después de todo lo que ha pasado…

–Jeremy tiene razón. Debemos mirar adelante, no atrás. Tus evaluaciones de nuestros invitados tienen un valor inestimable. Y también el hecho de que estés aquí para ver cómo se manejan cuando empiecen a jugar.

–No me lo perdería por nada del mundo. –Ethan dejó la copa en la mesa–. La persona más importante de Midwinter eres tú. Eres quien hace encajar todas las piezas del rompecabezas.

–Lo primero que me dijo Jeremy al llegar a Midwinter fue que nadie es indispensable.

–Pues él estaría perdido sin ti.

–No, estaría bien –repuso ella–. Es un superviviente nato.

–¿Tú crees? –preguntó Ethan con ironía.

–Sin duda. Fíjate en estas Navidades. Los meteorólogos han pronosticado un apocalipsis de nieve. El peor tiempo desde Dios sabe cuándo, y Jeremy está exultante. Piensa que esas condiciones crearán la atmósfera perfecta para lo que queremos hacer.

Ethan terminó su bebida.

–Será mejor que me retire. Hay que acostarse temprano y estar descansado antes de que empiece la diversión. Tú no me darías una pista sobre quién es el asesino, ¿no? ¿Me dices al menos cómo se llamará el juego?

–El nombre está en la invitación de nuestros invitados, pero para saberlo tienen que descifrar una clave en griego antiguo. Un precalentamiento para que vayan entrando en ambiente.

Sacó una tarjeta oblonga de su bolso y señaló las letras griegas y la estrofa que las acompañaba:

λ η ρ ρ υ η μ σ γ π
γ μ κ ψ ω η ω κ η ν σ γ α ψ
α ν μ τ μ
α τ α ζ η κ κ ν

si el griego le suena a chino,
aclare su mente,
avance dos letras
y olvídese de ñ y z

Ethan arrugó la frente.

–¿Esa estrofa es una pista?

–Sí, está toda escrita en minúsculas. La ausencia de mayúsculas indica que la clave también está en minúsculas. Y resulta que en griego antiguo hay veinticinco símbolos en minúscula, aunque la sigma tiene dos símbolos y, si eso me confundió a mí, no digamos a los demás. –Bernadette sonrió–. Ojalá tuviera la educación elitista de Jeremy. Menos mal que no me hice criptógrafa, ¿eh? En resumidas cuentas, hay un símbolo para representar cada letra de nuestro alfabeto, excepto para dos: la eñe y la zeta, como dice la estrofa. Se trata de una clave de sustitución. La estrofa te dice que avances dos posiciones. Así que la alfa, la primera letra del alfabeto griego, se convierte en la tercera letra de nuestro alfabeto, la ce. En la clave, las palabras de dos o tres letras

serán posiblemente artículos o preposiciones, como «la» o «con». Un símbolo se repite cinco veces, así que es probable que sea una vocal, como la «i» o la «o»; en este caso es la «i».

–Bueno, me fiaré de lo que dices. –Ethan puso los ojos en blanco–. Continúa. No tengo ni idea de estas cosas. ¿Cuál es la solución?

Bernadette miró teatralmente a su espalda y luego bajó la voz hasta convertirla en un susurro gutural:

–«Miss Winter en la biblioteca con un cuchillo».

Ethan parpadeó.

–¿No necesitarías una alerta de espóiler antes de desvelar algo así? Si miss Winter es tu asesina…

–Miss Winter no es un personaje de este misterio.

Ethan enarcó las cejas.

–Ni tampoco hay biblioteca.

Se produjo una pausa.

–No sé si preguntarte por el cuchillo.

–Ninguno de mis personajes tiene un cuchillo. –Bernadette esbozó una enigmática sonrisa–. Ya te he dicho que era un misterio.

¿Qué voy a leer ahora?

Libros de Harry Crystal

Autor británico
Género de misterio

Matar no es fácil
Intruso en el golfo
Sangre de un inocente
Whinkley en peligro
Noche enferma
Trayectoria de puñal
Solo se vive una vez
Retrato de un criminal
Extraños en un avión
I de investigación
En el fragor de la noche
Nueve carretas aguardan
La puerta del testigo
Animal acosado
Bastante muerte
Inocencia singular
Betty, la Oscura
Los nueve de Sartre
Insidias y deseos
Otro lugar solitario
Testigo de encargo
El último fracaso de Philip Brent
Cinco indicios falsos
Au revoir, nena

Cosecha de sangre
Ola de muertes
Nuestro hombre en Savannah
Un cadáver para Harry Payne
Nubes y crucifijos
Cinco lobitos
Un amargo sabor a muerte
Cita con la negra muerte
Hermano Rafael
Intriga en Islamabad
La persiana indiscreta
La novia del vestido negro
Ojalá los elefantes olvidaran

2

Diario de Harry Crystal

«No es demasiado tarde –pensé mientras el tren aminoraba y proseguía con lentitud exasperante, al parecer tan reacio a llegar a la estación como yo mismo–. Todavía puedes cambiar de opinión. Vete a casa y olvida los asesinatos».

Unas motas de nieve empañaban la ventanilla, sin conseguir ocultar las melancólicas tierras altas, castigadas por un tiempo inclemente. ¿Por qué querría nadie pasar sus Navidades participando en un juego de misterio junto a un puñado de desconocidos en este rincón perdido de Inglaterra? La respuesta era bien sencilla: no tenía ninguna otra persona a la que visitar ni ningún otro sitio al que ir.

La Fundación Midwinter me estaba ofreciendo la posibilidad de dejar atrás los desastres del pasado. Una posibilidad remota, cuando menos, considerando que otras cinco personas competirían contra mí por el premio final.

Una nueva vida.

Cuando la fundación me invitó a pasar varias noches de las Navidades en esta recóndita aldea de Midwinter situada en lo alto de los Peninos, con los gastos pagados más un extra en efectivo al final solo por participar, no podía permitirme el lujo de decirles que no. Era mi oportunidad de agarrarme a un clavo ardiendo.

Mientras el tren avanzaba a paso de tortuga, me hice de nuevo la pregunta con la que mi mente batallaba desde mucho antes de emprender el viaje: ¿y si, por una insólita

chiripa, ganaba el juego? Todo cambiaría entonces, y en un abrir y cerrar de ojos.

¿Y era eso lo que deseaba? ¿O debería asumir que era un perdedor nato y ampararme bajo el cómodo paraguas de una insulsa mediocridad?

No soy optimista por naturaleza. Tengo un don para imaginar los peores resultados posibles. Yocasta, mi exmujer, se burlaba de mí diciendo que con echarme un solo vistazo se les levantaba el ánimo a los vendedores de seguros. Soy un cebo fácil, un primo incapaz de resistirse a esas pólizas tranquilizadoras que prometen protección contra todo tipo de desastres improbables. ¿Fue un acto de valentía o una locura aventurarme hacia lo desconocido, arriesgarme al ridículo y la humillación a cambio del sueño de una dudosa metamorfosis?

«Con tal de que no sea –dijo una vocecita maliciosa en mi cabeza– como la metamorfosis sufrida por ese tipo del relato de Kafka, que se levantó una mañana convertido en un insecto gigantesco…».

El tren dio unas sacudidas y se detuvo, como si se estremeciera ante la deprimente desolación invernal del entorno. Había buscado Midwinter Halt en internet y, según decía, era la estación menos frecuentada del Reino Unido. Se consideraba tan insignificante que, transcurrido el primer cuarto del siglo XXI, las autoridades de turno habían olvidado cerrarla.

Llegó el momento de decidirse.

–No tienes nada que perder –me dije.

¿Era verdad?

Y, si lo era, ¿por qué sentía un escalofrío en el espinazo que nada tenía que ver con el tiempo reinante en el exterior?

«Siente ese miedo, pero hazlo de todas formas». Un mantra fortalecedor muy apreciado por mi exmujer y que quizá explica también por qué se casó conmigo. Una filosofía de reafirmación vital, garantía de que te encaminas directamente hacia todo tipo de problemas. Pero ¿qué opción

tenía que no fuera dirigirme a Midwinter? La perspectiva de regresar a mi buhardilla alquilada de Manchester y pasarme las fiestas raspando el moho del techo no resultaba muy atrayente.

Bajé mis bolsas de la rejilla portaequipajes y agarré el picaporte de la puerta. La estación no tenía personal y no se veía un alma. El manto blanco del andén estaba impoluto, sin una sola pisada.

Al apearme, parpadeando para quitarme los copos de nieve de los ojos, se abrió una puerta en el último compartimento. Una mujer alta bajó al andén. Medio de espaldas a mí, manejó su gran maleta con un vigor que me hizo sentir avergonzado. Con su chaquetón acolchado, botas de piel, gorro *bob* verde y manoplas a juego, parecía lista para una expedición al cabo Norte noruego, no digamos para el norte de los Peninos.

Cuando empecé a caminar con mi maleta, el crujir de las ruedas sobre la nieve hizo que ella se detuviera en seco y me lanzara una mirada suspicaz por encima del hombro. Cualquiera habría pensado que yo era un asesino en potencia en lugar de un oscuro escritor de novelas de suspense y aspirante a detective.

La mujer llevaba unas gafas grandes y estilosas, de montura tan roja como el cabello que le caía sobre los hombros. De pronto, en un fogonazo mental que fue como una bofetada en la mejilla, caí en la cuenta de quién era.

Carys Neville.

Una mujer a la que nunca había conocido personalmente.

Y, sin embargo, se trataba de la misma mujer que, sin pensárselo dos veces, había herido de muerte toda mi trayectoria profesional.

MIDWINTER
UN RETIRO QUE ES ALGO MÁS QUE UN RESPIRO

Midwinter se halla en el rincón más remoto del reino, cerca de la frontera entre los antiguos condados ceremoniales de Cumberland, Yorkshire y Northumberland. No es solo uno de los pueblos más elevados del país, sino también el más frío debido a su desprotegida localización cerca de la cumbre del monte Midwinter. Se cree que constituye el asentamiento poblacional más inaccesible de Inglaterra, al cual solo puede llegarse por una angosta carretera a menudo cortada por la nieve y que serpentea por los páramos para conectar Midwinter con un apeadero situado a unos diez kilómetros, Midwinter Halt.

El pueblo de Midwinter es propiedad privada de la Fundación Midwinter, que gestiona la comunidad de acuerdo con los valores guía establecidos por sir Maurice Midwinter:

- servicio
- integridad
- refugio

Midwinter brinda un entorno seguro para la sanación, la reflexión y el crecimiento personal. Tiene una sala de lectura y un centro comunitario (con un espacio multirreligioso, un pequeño gimnasio y un bar, entre otras instalaciones) donde se ofrecen actividades como clases de yoga y respiración dirigidas por nuestra jefa de personal, así como talleres de escritura creativa y videojuegos impartidos por nuestra directora adjunta. Gracias a su casi nula contaminación lumínica, no se podrían desear unas mejores condiciones para contemplar las estrellas. Si usted es de los que se alteran fácilmente con el ruido, no se preocupe: aquí solo oirá el canto de los pájaros. El pueblo no

dispone de *spa* ni de piscina, ni tampoco de servicios de tratamiento facial o para deportes de invierno, aunque sí cuenta con una terapia de agua fría para quien desee bañarse en las aguas de manantial del arroyo Midwinter. Ciertamente, la vida aquí no es apta para cualquiera, lo cual es una suerte, puesto que las plazas libres están muy restringidas y existe una alta demanda. Aquellos afortunados residentes que sucumban a su mágico hechizo encontrarán en el pueblo algo más que un refugio aislado del mundo exterior. Midwinter es un remanso de paz que ofrece a personas de cualquier estrato social una oportunidad para descubrir nuevas pasiones y propósitos, para fomentar la resiliencia, para compartir y aplicar su sabiduría y, en definitiva, para rehacer sus vidas.

3

Diario de Harry Crystal

El corazón me latía con violencia. Pese al frío lacerante, sentía el cuerpo húmedo y pegajoso a causa de la aprensión. Un hilo de sudor me caía por la frente.

Si bien Carys y yo nunca nos habíamos encontrado cara a cara, le había clavado tantos alfileres metafóricos a su imagen de internet que no podía dudar de su identidad.

Increíble… Así que la Fundación Midwinter le había ofrecido la misma invitación que a mí. Una pasmosa coincidencia.

¿O no lo era?

La maldición del escritor de ficción criminal es que posee una imaginación enfebrecida. En ocasiones, parece como si me fuera a explotar la cabeza con tantas ideas de lo más absurdas para giros argumentales. Pasados unos momentos, se me ocurrió una explicación.

Estaba claro que Carys y yo teníamos algo en común: ambos estábamos relacionados con el mundo de la ficción criminal. ¿Era esa la razón de que nos hubieran elegido para participar en un juego de asesinato misterioso?

Apretando los dientes, puse toda mi voluntad en no dejar entrever nada revelador. Demasiado pronto para arriesgarme a cometer la más mínima equivocación. Ya llegaría el momento de jugármela, pero por ahora ni siquiera sabía si la partida había comenzado. En cuanto a Carys Neville, su expresión me indicaba que se había tomado nuestras instrucciones al pie de la letra.

«No confíe en nadie».

Fingiendo una sonrisa radiante e inofensiva, dije:

–Parece que hemos ido a parar al fin del mundo, ¿verdad?

–Espere a que lleguemos a Midwinter –contestó ella mientras el tren arrancaba de nuevo, ganando velocidad como si quisiera escapar de allí lo más rápido posible–. El pueblo hará que este estercolero dejado de la mano de Dios le parezca la terminal del Eurostar de St. Pancras.

–Ah, ¿también va a Midwinter?

Se me quedó mirando, escéptica como un policía fronterizo que sopesara a un viajero con un pasaporte sospechoso. Me di una patada mental a mí mismo en el trasero. Poco había tardado en cometer el primer error: sobreactuar en el papel de idiota bienintencionado.

–¿Dónde si no?

Buena pregunta. Las montañas se alzaban más allá de la estación, monótonas salvo por un puñado de árboles doblegados por el viento implacable. Allá donde miraras, todo era nevisca. Nadie vendría a Midwinter Halt sin una muy buena razón. Al menos no cuarenta y ocho horas antes de Navidad y con alertas meteorológicas tan aciagas como las de un predicador amenazando con el fuego infernal.

–Diría que es usted una detective consumada. –Probé ahora el tono jocoso–. Yo estoy ya fuera de juego. Harry Crystal, encantado de conocerla.

Le tendí la mano. Estaba fría, desnuda por no llevar guantes, y ella la ignoró por completo. Seguro que mi nombre debía de sonarle aunque fuera un poco, ¿no? Su expresión no dejaba adivinar nada.

–Carys Neville.

Fingí ignorancia. Aprovechando mi punto fuerte, como le gustaba decir a mi ex, Yocasta.

–¿Carys Neville? –repetí distraídamente–. ¿Y a qué se dedica usted?

¿Era una chispa de ira lo que detecté en sus ojos tras esas

enormes y modernas gafas? Sentí una descarga de satisfacción, como la del ajedrecista aficionado que descubre un fallo en la apertura de un gran maestro. ¿Tan presuntuosa era Carys que, con solo mencionar su nombre, ya esperaba reverencia y servilismo por parte de un desconocido? Fuera o no esa la razón, había tocado una fibra sensible.

–Soy comentarista cultural.

A mí se me ocurrían otras descripciones, como «una tocapelotas sabionda e inepta con la personalidad de una piraña y la compasión de una boa constrictor». Me mordí la lengua.

–¡Suena fascinante!

Se encogió de hombros.

–Me paga el alquiler.

«¿Ah, sí?», me pregunté.

–¿Y sobre qué aspectos de la cultura suele comentar?

–Sobre esto y aquello. Algunos dicen que soy una *influencer*.

–Madre mía. ¿Y a quién influye?

–A la gente con criterio y buen gusto. –Su tono me dejó bien claro que yo no entraba en ninguna de esas categorías, pero, por si no había captado el mensaje, lo aderezó con una mirada de soslayo a mis pantalones de *tweed* y mis zapatos Hush Puppies–. Gente con aspiraciones, sofisticada, interesada en la moda y el estilo.

–Ah, ¿por eso lleva esas gafas rojas?

No pude resistirme a lanzarle un bofetón vengativo.

–Alizarina.

Parpadeé. ¿Quería insistir en mi ignorancia o qué?

–¿Cómo?

Se tocó la montura.

–El color es carmín de alizarina. No rojo.

Apreté los dientes, desagradablemente consciente de estar malgastando mi oportunidad de llevar la iniciativa.

–Estoy intrigado, Carys. ¿Le parece bien si la llamo por su nombre de pila y la tuteo? Tampoco tiene sentido tanta

formalidad, dado que vamos a pasar juntos las Navidades. En un sitio agradable, cómodo y calentito.

Echando un vistazo a la estación desierta, con un gesto de la mano desdeñó mi bonhomía como quien aplasta un mosquito.

–¿Eso crees? Pronto cambiarás de opinión…, Harry. Midwinter no tiene nada de agradable.

Me habló con la misma aspereza que si me hubiera reído en un funeral. Abandoné toda pretensión de obsequiosidad.

–Calma, calma. Esto va a ser solo un divertimento, no lo olvides.

–Con mucho en juego –repuso.

Se le tensó la mandíbula y noté que estaba furiosa consigo misma. La había incitado a decir demasiado y ahora parecía estar recordando las instrucciones que nos habían dado:

> No le hable a nadie del verdadero propósito del juego. No discuta el premio ofertado. La vulneración de esta norma supondrá su descalificación inmediata. La decisión del director de la Fundación Midwinter es definitiva e inapelable.

Cambió de inmediato de tema.

–Y bien, ¿dónde está nuestro chófer? Me dijeron que me recogerían en la estación.

–A mí también. –Y añadí riéndome alegremente–: Casi esperaba ver a alguien agitando un letrero con mi nombre en mayúsculas. Como si me recibieran en la terminal de un aeropuerto.

Ni siquiera se molestó en poner los ojos en blanco.

–¿Para reconocerlos enseguida entre la multitud? Pues va a ser que no.

–Quizá esto sea parte del juego. Una especie de prueba iniciática.

–Olvídalo. Si el chófer tiene una pizca de sentido común, estará esperando bien caliente en el coche.

Frente a nosotros había una ruinosa sala de espera, adornada con telarañas en lugar de con banderitas navideñas. Las ventanas estaban cegadas y la puerta asegurada con candado, condenando a cualquier pasajero a congelarse a la intemperie. Caminé a lo largo del andén y divisé un reluciente Mercedes negro en el patio adoquinado que había detrás de la estación. Una figura nervuda ataviada con traje y gorra negros estaba inclinada sobre el capó, quitando la nieve del parabrisas con un paño de microfibra. Una batalla perdida.

Apreté el paso y levanté la voz:

–Nuestro coche está aquí.

El chófer se dio la vuelta y me llevé otra sorpresa. Era una mujer joven, de complexión fuerte. Estábamos bajo cero y debía de haberse congelado hasta el tuétano de los huesos, pero parecía inmune a los elementos. Al acercarnos, se cepilló algunos copos de nieve de la chaqueta y se metió el paño en el bolsillo al tiempo que daba a sus facciones anodinas un barniz profesional de bienvenida.

–¿Señora Neville? ¿Señor Crystal? Me llamo Frankie y soy su chófer. –Hablaba con un cálido acento de Newcastle–. Siento mucho no haberlos recibido en el andén. ¿Podría ver su identificación y sus invitaciones?

Busqué el pasaporte en el bolsillo y la tarjeta que me invitaba a pasar las Navidades en Midwinter. Carys Neville hizo lo mismo. Durante la reunión informativa en línea, yo había mostrado teatralmente mi sorpresa al oír cómo Chandra Masood nos pedía llevar una identificación fotográfica. Chandra daba la impresión de ser una persona de naturaleza risueña, pero estaba claro que no bromeaba.

–Parece que estemos cruzando la frontera de un país extranjero –dije.

–No se imagina cuánta gente se muere por venir a Midwinter a participar en este juego –respondió Frankie.

No pude evitar bromear:

–Cuando dices que «se muere»…

Frankie tenía una expresión seria.

–Supongo que lo han seleccionado con máximo cuidado, tras un riguroso proceso de eliminación. Es usted, según me han dicho, uno de los pocos afortunados. Esta es una oportunidad única en la vida. La Fundación Midwinter debe asegurarse de que nadie se la cede a un tercero.

Sentí que era un privilegiado y que me habían puesto en mi sitio, todo al mismo tiempo.

Aunque esperaba que la chófer echara solo un vistazo superficial a los documentos, examinó la fotografía de los pasaportes con tanta minuciosidad como si estuviera buscando signos delatores de una cirugía estética. Como de costumbre, me encontré deseando que mi fotografía no me hiciera parecer un alma perdida, un tipo consumido y disoluto. Si al menos hubiera podido usar la fotografía de la contracubierta de mis libros… Pero yo era el primero en admitir que esa imagen en blanco y negro me hacía parecer una persona diferente. Para empezar, quince años más joven.

–Muchas gracias. No sería de recibo llevarme a las personas equivocadas, ¿verdad?

Carys echó una mirada burlona a la estación desierta.

–Ja, milagro sería.

La respuesta de Frankie fue una sonrisa encantadora. Evidentemente, era tan impermeable al sarcasmo como al frío. Devolviéndonos los papeles, dijo:

–Cogeré sus maletas.

Preocupado por el estado de deterioro de mi vieja maleta, me coloqué detrás de Frankie mientras ella abría el maletero pulsando un llavero remoto. El compartimento era una auténtica caverna. Vi una bolsa con cremallera en la que ponía BOTIQUÍN DE PRIMEROS AUXILIOS, un chaleco reflectante, una linterna, una cuerda, una pala de nieve y cadenas para los neumáticos. Una manta tapaba una pila de guirnaldas luminosas. Incluso había una gran nevera portátil, un objeto que la previsión meteorológica hacía sin duda superfluo.

Frankie no dejaba nada al azar. Pero, incluso cuando hubo encajado nuestras maletas, todavía quedaba espacio de sobra.

«Ese maletero es lo bastante grande como para esconder un cadáver». Intenté desterrar la idea de mi mente, en vano. Si eres escritor de ficción criminal, lo eres a tiempo completo.

Frankie me miró por encima del hombro y cerró el maletero de golpe.

–Le diré, entre usted y yo, que este es mi primer contrato para la Fundación Midwinter. Un cliente muy importante. Así que tengo que cumplir las normas a rajatabla, al cien por cien. El buen nombre de mi empresa depende de que ofrezcamos un servicio de primera clase.

–¿De pisar a fondo y no bajar de revoluciones? –aventuré.

–¡Muy buena, señor! –Mi ocurrencia fue recibida con una sonrisa más radiante de lo que merecía–. Somos muy discretos. No llevamos ni logo en el vehículo, pero el nombre de la empresa es Karma Kars, de Kielder. Si no le importa dejar una reseña…

–Encantado de hacerlo, Frankie. Y llámame «Harry». Esta… –añadí señalando a mi compañera con un escalofrío de malévolo placer– es mi colega… eh… ¿Carys?

–Encantada de conocerlos a los dos. Lo crean o no, he salido con tiempo de sobra para llegar aquí, pero no ha sido suficiente. Las condiciones en la carretera que cruza la montaña son mucho peores que ayer cuando hice el mismo trayecto. Absolutamente criminales.

–Muy apropiado –murmuró Carys.

Frankie le echó una mirada indecisa.

–Les pido disculpas.

Carys se encogió de hombros.

–No pasa nada. Aquí no ha muerto nadie.

Se produjo un instante de pausa.

–No te preocupes, Frankie –tercié–. Tu secreto está a salvo con nosotros.

La chófer me miró con aire pensativo.

–¿Prefieren sentarse juntos en el asiento de atrás? Los asientos tienen calefacción individual, así que pueden elegir la temperatura a su gusto.

–Yo iré delante –se apresuró a decir Carys–. Me gusta saber adónde voy.

Otra muestra de las diferencias entre nosotros. Yo prefiero no saber lo que hay por delante. Te ahorra muchas preocupaciones y tristezas.

Frankie le abrió la puerta a Carys mientras yo efectuaba una rápida búsqueda de la empresa de limusinas en el teléfono. Sin suerte. Nuestra chófer no bromeaba al decir que eran discretos. Supuse que, si necesitabas buscarlos, entonces era que no podías permitírtelos. Me invitó a pasar detrás y me hundí en el sensual abrazo de la tapicería. Ante mí brillaba una pantalla; un espacioso compartimento contenía galletas, vasos, una botella de agua mineral y un botellín de *whisky*. Para la Fundación Midwinter, solo lo mejor de lo mejor. Desde luego, sabían cómo mimar a sus clientes.

–No se preocupen por el tiempo –dijo la chófer, acomodándose al volante–. El sistema de control de temperatura es tecnología punta. Les parecerá estar viajando en una alfombra mágica.

–Maravilloso –contesté.

–Sírvanse algo de beber, si lo desean. –Frankie me echó una ojeada por encima del hombro–. ¿Les apetece algo para calentar el cuerpo?

–Para mí no –intervino Carys mientras yo echaba mano al *whisky*–. Prefiero mantener la mente despejada.

Estaba decidida a arrogarse la autoridad moral. Irónico, considerando su pasado, pero de todos modos retiré la mano del cuello del botellín y me rendí al abrazo del asiento trasero. Mejor evitar que alguien pudiera hacerse una idea equivocada. ¿Y si este trayecto formaba parte del juego? Frankie era una contratada externa, pero eso no significaba que estuviera de nuestra parte. La gente de

la Fundación Midwinter podía haberle ordenado que nos pusiera a prueba.

Por más que me doliera admitirlo, Carys tenía razón. Necesitaba mantenerme centrado, incluso en estas primeras fases del juego, mientras iba afinando mi estrategia. Durante la charla informativa en línea, Bernadette y Chandra habían recalcado el valor del trabajo en equipo, aunque estuviéramos compitiendo por un premio individual. Pese a ello, Carys no tenía un talante colaborativo precisamente y yo habría ardido en el infierno antes que hacerla partícipe de mi confianza. Ella se había metido en esto para ganar, como yo. Es más, estaba seguro de que no era menos despiadada que egoísta. Si descubría cualquier punto débil en sus compañeros de juego, lo aprovecharía sin misericordia.

«Todo el mundo tiene secretos», había dicho Bernadette durante la charla. El conocimiento es poder. Y, en ese momento, yo no estaba dispuesto a admitir que conocía a Carys y mucho menos que habría deseado verla muerta.

MIDWINTER
UN RETIRO QUE ES ALGO MÁS QUE UN RESPIRO

Inicio Sobre nosotros Historia Personal Contacto

Midwinter fue fundado por Marcus Midwinter, un empresario acaudalado notable por su visión de futuro y su conciencia social. Marcus decidió hacer buen uso de los ricos yacimientos de plomo y plata del norte de los Peninos, descubiertos en su día por los romanos. Su objetivo era beneficiar a los lugareños, quienes contaban con ingresos muy exiguos y, hasta entonces, habían dependido de su actividad agrícola y ganadera para subsistir en un entorno y un clima implacables. Adquirió los derechos de explotación minera de la zona de tierras altas conocida como monte de los Paganos junto con otras grandes extensiones de los alrededores.

Marcus Midwinter no tenía ningún interés por amasar beneficios. Había heredado una gran fortuna de un pariente lejano y soñaba con crear una pequeña comunidad fuertemente colaborativa en la que los mineros y sus familias pudieran disponer de una vivienda cómoda, bien diseñada y construida en una fantástica ubicación, un pequeño altiplano al pie de la cumbre del monte desde donde se dominaba la belleza virgen de los páramos. La Primera Guerra Mundial interrumpió el proyecto de construcción antes de que pudieran completarse los trabajos de una capilla y una escuela que debían levantarse a escasa distancia de las viviendas. En cambio, sí se construyeron un centro comunitario y una sala de lectura en el corazón mismo de Midwinter, frente a un prado del pueblo, conjunto que se completó con un estanque para que los mineros y sus familias dispusieran de oportunidades de relajación y recreo más que suficientes.

Al estallar la guerra, ya resultaba evidente que los yacimientos, sobre todo los de plata, eran menos ricos y más difíciles de explotar de lo que Marcus había creído. Inquietos por el

futuro y resueltos a servir a su país, los mineros (con la bendición de sus patronos) se alistaron para luchar en la «guerra que acabaría con todas las guerras» y las minas dejaron de explotarse. Trágicamente, pocos regresaron del frente. Hoy los nombres de quienes perdieron la vida están grabados en una cruz conmemorativa.

Tales desastres se vieron agravados por otra desgracia en la vida privada de Marcus cuando el día del armisticio perdió a su esposa Melissa durante el parto de su hijo, Maurice. Quizá el sueño de Marcus en su forma original muriera entonces, pero Maurice estaba decidido a que el espíritu de su padre perdurara. El resultado fue la creación de la Fundación Midwinter.